

## 29 A Hippolyte Fortoul y Claude Huchard

Incertidumbre de los tiempos presentes. Reacción de la provincia ante los sucesos.  
Perspectivas para una sociedad nueva y papel del catolicismo.

*Lyon, 15 de enero de 1831.*

Mis buenos amigos:

Debo a Fortoul una carta, a Huchard una respuesta<sup>232</sup> y lo que desearía decirle al uno debería decirselo también al otro. Ya que sois lo bastante amigos como para no tener secretos entre vosotros no recibiréis, pues, sino una carta pero, eso sí, la recibiréis grande, amplia, llena de palabras, si no de ideas; tendréis una buena ración.

Por la carta de Huchard me entero de que ambos gozáis de muy buena salud; os felicito. El alma se siente más libre en un cuerpo dispuesto, y se estudia con más facilidad, perseverancia y fruto cuando el dolor no fustiga día y noche con sus impertinencias. Puedo hablar de eso con conocimiento de causa, < afectado como estoy desde hace unos días por dolores de dientes casi continuos. >

Pero, aunque tenéis los órganos sanos y el cerebro libre, < y si el estómago funciona bien, > parece, por lo que dicen las cartas del amigo Huchard, que la que sufre es vuestra alma, que vuestro pensar está enfermo, que vuestro corazón se inquieta mientras espera lo que está por ocurrir; suspendidos entre un pasado que se derrumba y un porvenir aún incierto, a veces os dirigís al uno para decirle adiós, a veces al otro para preguntarle, ¿quién eres tú? Y, como no responde, intentáis penetrar sus misterios, vuestro espíritu se agita en mil direcciones, se roe así mismo, se devora, resultando de ahí un malestar invencible e indecible. En medio de esos trabajos intelectuales, en medio de esa agitación profunda, que toda la capital experimenta igual que vosotros, os acordáis de aquel pequeño Ozanam, vuestro antiguo camarada de colegio, hoy pobre funcionario de justicia<sup>233</sup>, enjuto discípulo de filosofía, y queréis saber lo que él piensa y lo que se piensa a su alrededor.

<sup>232</sup> Las cartas de Huchard a Federico Ozanam no se han conservado, como tampoco las de Fortoul.

<sup>233\*</sup> Ozanam escribió esta carta a los diecisiete años, pocos meses después de salir del colegio (octubre de 1830). En ella explica toda su vocación. Era demasiado joven para empezar Derecho en París, así que su padre, que lo destinaba al notariado, lo colocó como pasante en el

¿Lo que se piensa a mi alrededor? Me resultaría difícil informaros, lo confieso. Sin embargo, creo que, hablando de manera filosófica, en provincias no se piensa o, a lo más, se piensa muy poco. Se lleva una vida industrial y material; cada uno se preocupa de su comodidad personal, de su bienestar particular y luego, cuando su señoría el Γαστήρ<sup>234</sup> está satisfecho, cuando la caja de caudales está llena, se habla de política junto a la estufa o alrededor de las mesas de billar; se habla mucho de libertad aunque no se sepa qué es; se elogia la conducta de la guardia nacional y de las escuelas en las jornadas de diciembre<sup>235</sup>, pero nadie se preocupa casi de las protestas, de las proclamas de los señores de la Escuela de Derecho; eso sí, se les censura acerbamente por querer gobernar al gobierno y por querer implantar, como ensayo y a su modo, una pequeña república en medio de nuestra monarquía. En resumen, lo que se desea es orden en lo material, una libertad moderada, pan y dinero; hay cansancio de las revoluciones, se tiene ansia de reposo. En fin, nuestros provincianos no pertenecen ni al pasado ni al porvenir; son hombres del presente, *hombres de báscula*, como dice la *Gazette*.

Eso en cuanto a mi alrededor. Ahora, queréis que os diga lo que pienso, yo, ¡pobre enanillo, que solo veo las cosas de lejos y a través de los relatos, con frecuencia engañosos, de los periódicos y de los razonamientos, más absurdos todavía, de nuestros políticos, como a través de un antejo empañado! Como me hallo rodeado por mil opiniones directamente contradictorias, que asedian sin cesar mis oídos con sus recíprocos argumentos, he fabricado ya veinte sistemas, ninguno de los cuales pudo subsistir; he hecho cien conjeturas, que los acontecimientos se han encargado de desmentir; y hete aquí que ahora, cansado de politiquear y de adivinar, me limito a mirar cómo los demás juegan a las charadas, < yo entrego mi lengua a los gatos, > esperando que digan en voz alta la clave del enigma. < Sin metáfora, he discutido largamente sobre los principios, pues la verdad de los principios justifica las consecuencias; he compulsado la soberanía del pueblo y el derecho divino, y he concluido que el uno y el otro tienen sus muchas dificultades, sus consecuencias difícil[es] de digerir, etc..., de modo que, al final, he dejado de lado la cuestión y he dicho: la legitimidad de un suceso político es su conformidad con las leyes providenciales que rigen la sociedad; ahora bien, esa conformidad recibe su prueba por la duración del suceso, por consiguiente el trascurrir de los hechos determinará la confianza que se debe tener en lo que acaba de suceder y, por consiguiente, en los principios proclamados. > Mientras tanto, practico la paciencia, leo las noticias solo para saber lo

---

bufete de Jean-Baptiste Coulet, abogado en Lyon, plaza du Change (Cf. VINCENT, *o.c.*, p. 148). Ozanam, que soñaba con algo distinto, fue allí muy desgraciado, tanto por la clase de tarea que debía realizar como por los malos elementos que le rodeaban; pero como era un hijo obediente, se consolaba aprendiendo alemán; comenzó también a estudiar hebreo y leía mucho. Dejó ese puesto en otoño de 1831, para realizar sus estudios universitarios en París. Cf. ŒUVRES, t. X, p. 1.

<sup>234\*</sup> «Estómago».

<sup>235</sup> El proceso de los antiguos ministros de Carlos X ante la Cámara de los Pares (15-21 de diciembre de 1830) produjo una cierta agitación popular, y su condenación a cadena perpetua, juzgada insuficiente, provocó revueltas el 22 de diciembre. La actitud firme y serena de la guardia nacional y las exhortaciones de los estudiantes, sobre todo los del Politécnico, contribuyeron a traer de nuevo la calma.

que sucede, trato de permanecer, dentro de lo posible, encerrado dentro de mi esfera individual, evoluciono por mi cuenta, estudio mucho, por ahora fuera de la sociedad para poder entrar en ella más adelante, en forma más ventajosa para ella y para mí. Este es el plan que me he trazado, que el abate Noirod me animó a ejecutar y que os aconsejo adoptéis también, mis buenos camaradas, pues, en conciencia, nosotros estamos aún demasiado verdes, no estamos todavía bastante nutridos con la savia vivificante de la Ciencia como para poder ofrecer frutos maduros a la sociedad. Apresurémonos y, mientras la tormenta derriba a muchas notabilidades, crezcamos en la sombra y en el silencio para que, cuando hayan pasado los días de transición y necesiten de nosotros, nos encontremos ya hombres hechos, llenos de vigor.

Por mi parte, mi decisión está tomada, he trazado el plan de mi vida y, en calidad de amigo, debo haceros partícipes de él.

Igual que vosotros, siento que el pasado se derrumba, que los cimientos del viejo edificio se conmueven y que una terrible sacudida ha cambiado la faz de la tierra. Pero, ¿qué deberá salir de entre esas ruinas? ¿La sociedad deberá permanecer sepultada bajo los escombros de los troncos derribados, o habrá de reaparecer más brillante, más joven y más hermosa? ¿Veremos nosotros «*novos caelos et novam terram*»<sup>236</sup>? Esa es la cuestión importante. Yo, que creo en la Providencia y que no desespero de mi patria, como Charles Nodier<sup>237</sup>; creo en una especie de palingenesis<sup>238</sup>. Pero; ¿cuál será su forma, cuál será la ley de la nueva sociedad? No me atrevo a decirlo.

No obstante, lo que creo poder asegurar es que existe una Providencia, y que esa Providencia de ninguna manera ha podido abandonar durante seis mil años a criaturas razonables, naturalmente deseosas de la verdad, del bien y de la belleza, en las manos del genio perverso del mal y del error y que, por consiguiente, todas las creencias del género humano no pueden ser extravagancias, y que ha habido verdades en el mundo. Ahora se trata de reconquistar esas verdades, desembarazándolas del error que las envuelve; es menester buscar entre las ruinas del mundo antiguo la piedra angular sobre la cual habrá de reconstruirse el nuevo. Sería, algo así, como esas columnas que, según los historiadores, fueron erigidas antes del diluvio para transmitir el depósito de las tradiciones a los que habrían de sobrevivir, cuando el arca sobrenadaba por encima de las aguas llevando consigo a los padres del género humano<sup>239</sup>. Eso es lo que yo echaba en falta en la sociedad, y en mí sentía algo parecido. Me hacía falta algo sólido a lo que me pudiera adherir y en lo que echar raíces, para resistir los torrentes de la duda.

<sup>236</sup> «Nuevos cielos y nueva tierra» (Cf. Ap 21, 1).

<sup>237</sup> Charles Nodier (1780-1844) publicaba entonces en la *Revue des deux mondes* algunos extractos de sus recuerdos de la Revolución, en un tono muy pesimista.

<sup>238\*</sup> Término que procede de las palabras griegas *πάλιν* (*palin*, de nuevo) y *γένεσις* (génesis, origen, nacimiento). Teoría filosófica y religiosa según la cual la historia se compone de ciclos sucesivos. Sobre este concepto, entonces de moda, ver DISQUISITO, p. 108, nota 51.

<sup>239\*</sup> Una de las fuentes de esta creencia es el antiguo manuscrito masónico Cooke (c. 1400) de la Biblioteca Británica, donde se lee que toda la sabiduría antediluviana fue escrita en dos grandes columnas.

Pero, ¿dónde buscar esa adaraja, esa columna de tradiciones, esa barca de salvación? Entre todas las ideas de la antigüedad, ¿dónde desenterrar las únicas verdaderas, las únicas legítimas? ¿Por dónde empezar, por dónde concluir?

Aquí me detengo a reflexionar: la primera necesidad del hombre, la primera necesidad social, las ideas religiosas; el corazón tiene sed de lo infinito. Por lo demás, si existe un Dios, y si existen hombres, se impone entre ellos una relación. Debe haber, por tanto, una religión; en consecuencia, una revelación primitiva; como segunda consecuencia, existe una religión primitiva, de origen antiguo, esencialmente divina y por eso mismo, esencialmente verdadera.

Y es esa herencia, transmitida desde lo alto hacia el primer hombre y del primer hombre a sus descendientes, lo que estoy ansioso por investigar. Me dirijo así a través de regiones y de siglos, removiendo el polvo de todas las tumbas, registrando los restos de todos los templos, exhumando todos los mitos, desde los salvajes de Kóoch<sup>240</sup> hasta el Egipto de Sesostri<sup>241</sup>; desde los hindúes de Vishnú<sup>242</sup> hasta los escandinavos de Odín<sup>243</sup>. Examino las tradiciones de cada pueblo, buscando su razón de ser, su origen, y ayudado por las luces de la geografía y de la historia, descubro en toda religión dos elementos bien nítidos: un elemento variable, particular, secundario, originado según las circunstancias de tiempo y de lugar en las cuales cada pueblo se ha encontrado, y un elemento inmutable, universal, primitivo, inexplicable ante la historia y la geografía. Y, como ese elemento aparece en todas las creencias religiosas y surge tanto más completo, tanto más puro, cuanto más uno se remonta hasta épocas más antiguas, saco de ahí la conclusión de que solo él reinó en los primeros días y que es el elemento que constituye la religión primitiva. De ahí se infiere, por consiguiente, que la verdad religiosa es aquella que, esparcida sobre toda la tierra, se encuentra en todas las naciones, transmitida por el primer hombre a su posteridad, corrompida luego y mezclada con todas las fábulas y con todos los errores.

Y entonces, amigos míos, mi alma se llenó de gozo y de consuelo, pues he aquí que por las fuerzas de su razón ha vuelto a encontrar precisamente aquel catolicismo que se me había enseñado por labios de una madre excelente, tan querida en mi infancia, y que alimentó con tanta frecuencia mi espíritu y mi corazón con sus bellos recuerdos, y con sus esperanzas todavía más bellas. ¡El catolicismo con todas sus grandezas, con todas

---

<sup>240</sup> Se trata sin duda de los indígenas descritos por el capitán James Cook en el transcurso de sus viajes, escritos de los que se hicieron ediciones y traducciones sin cuento.

[Nota del editor español]: Parece más bien que Ozanam se refiere a los indígenas de los pueblos amerindios de la Patagonia, concretamente los relatos de la creación de los Tehuelches referidos a Kóoch, la deidad creadora.

<sup>241</sup>\* Sesostri fue el segundo faraón de la dinastía XII del Imperio Medio de Egipto, y gobernó de 1956 a 1911 a.C.

<sup>242</sup>\* Vishnú es un dios hindú. Según el Padma-purana, Vishnú es el dios principal de la trimurti; es decir, él es el creador, preservador y el destructor del universo: cuando Vishnú decidió crear el universo se dividió a sí mismo en tres partes. Para crear dio su parte derecha, dando lugar al dios Brahmá. Para proteger dio su parte izquierda, originando a Vishnú (es decir, a sí mismo) y por último, para destruir dividió en dos partes su mitad, dando lugar a Shivá.

<sup>243</sup>\* Odín (en nórdico antiguo Óðinn) es considerado el dios principal de la mitología nórdica y algunas religiones tradicionales germánicas.

sus delicias! Estremecido algún tiempo por la duda, sentía una necesidad invencible de adherirme con todas mis fuerzas a la columna del templo aunque me aplastase en su caída, y he aquí que hoy la vuelvo a encontrar, esa columna, apoyada sobre la ciencia, luminosa con rayos de sabiduría, de gloria y de belleza; la he vuelto a encontrar, la abrazo con entusiasmo, con amor. Permaneceré junto a ella y desde ella extenderé mis brazos, la mostraré como un faro de liberación a los que flotan en el mar de la vida. ¡Dichoso si algunos amigos vienen a reunirse alrededor de mí! Entonces uniremos nuestros esfuerzos, trabajaremos juntos y otros vendrán a unirse a nosotros, y tal vez un día la sociedad se reunirá, toda entera, bajo esa sombra protectora: el catolicismo, lleno de juventud y de fuerza, se elevará de repente sobre el mundo, se pondrá a la cabeza del siglo que renace para conducirlo a la civilización de la felicidad. ¡Oh, amigos míos!, me siento emocionado al hablaros, y lleno de placer intelectual. Pues la obra es magnífica y yo soy joven, tengo una gran esperanza y creo que llegará el tiempo en el que habré alimentado, hecho fuerte mi pensamiento, y entonces podré expresarlo dignamente.

Sí; los trabajos preliminares me han permitido ya entrever la vasta perspectiva que acabo de describir y sobre la cual planea mi imaginación, trasportada. Pero no basta contemplar la carrera que debo recorrer; es menester ponerse en camino pues ha llegado la hora, y, si quiero hacer un libro a los treinta y cinco años, debo empezar a los dieciocho los trabajos preliminares que son numerosísimos.

En efecto, para llegar a poder expresar mi idea con exactitud, debo conocer una docena de idiomas para consultar fuentes y documentos; saber bastante de geología y astronomía para poder discutir los sistemas cronológicos y cosmogónicos de los pueblos y de los sabios y, por último, estudiar historia universal, en toda su extensión, e historia de las creencias religiosas bien a fondo; todo eso tengo que hacer para llegar a poder expresar mi idea.

Sin duda os escandalizáis y os burláis de la temeridad de este pobre Ozanam; os acordaréis de la rana de La Fontaine<sup>244</sup> y del *ridiculus mus*<sup>245</sup> de Horacio. ¡Como os parezca! Yo mismo me asombré de mi osadía pero, ¿qué hacer? Cuando una idea se ha hecho carne en uno durante dos años y bulle en el entendimiento, impaciente por desbordarse hacia el exterior, ¿puede uno retenerla? Cuando una voz nos grita sin cesar: «¡haz esto! ¡yo lo quiero!», ¿puede uno decirle que se calle? Una frase publicada, hace tiempo, en l'*Abeille* me ha impresionado siempre: «Pobres sabios, si... hicierais sobre la mitología una obra graciosa como *Telémaco*, profunda como *El Espíritu de las leyes*<sup>246</sup>»; pues ahí está expresada, en dos palabras, la ambición, tal vez ambición loca, que quiero realizar. Por lo demás, he comunicado mi idea al abate Noirot, quien me ha animado mucho a llevar a cabo mi plan y, al manifestarle que temía encontrar demasiado pesada la tarea para mí, me aseguró que fácilmente encontraría muchos jóvenes estudiosos prontos a ayudarme con sus consejos y sus trabajos; por eso, pensé en vosotros, mis buenos amigos.

<sup>244</sup>\* Fábula «La rana que quiso igualarse a un buey», de La Fontaine.

<sup>245</sup>\* «Ridículo ratón». Horacio, *Ars poetica*, 139, basado en una fábula de Esopo, «El parto de los montes».

<sup>246</sup>\* «De l'esprit des lois» (1747) es obra de Charles Louis de Secondat, barón de Montesquieu.

Muchas cosas querría deciros aún, pero el portador de la carta se va y no me da tiempo. Otra vez os hablaré de mi modo de pensar acerca del sansimonismo<sup>247</sup>; aquí no tiene arraigo y generalmente, no se lo juzga de modo favorable<sup>248</sup>.

< Ojalá Fortoul me conteste pronto y me dé consejo. Quisiera que Huchard me dijese exactamente cuántas cartas me ha escrito hasta hoy; temo que se haya perdido una. El libro del que le hablé se titula: *Entretiens d'Eudoxe et d'Ariste sur la science*, 2 vol. in-8<sup>o</sup><sup>249</sup>. >

Mi hermanito Charles ha escrito a Huchard<sup>250</sup>, pero no tengo aquí su carta para mandarla.

Adiós; muchos recuerdos para los camaradas de París: para vosotros, queridos amigos, la amistad sincera de vuestro compañero de colegio.

A.-F. OZANAM.

Pensamos con frecuencia en vosotros, no nos olvidéis.

.....  
Dirección: Al señor H. Fortoul, estudiante en Derecho, rue des Maçons-Sorbonne, Hôtel Sainte-Anne nº 24, París. • Sello postal: 19 de enero de 1831. • Fuentes: ARCHIVES NATIONALES, 246 AP 4, nº 9 (original). – ARCHIVES SOCIÉTÉ DE SAINT VINCENT DE PAUL (fotocopia). – ARCHIVES LAPORTE (copia). • Ediciones: LFO5, carta 1340 (25). – LETTRES, t. I, p. 1-9. – LFO1, p. 32-35. (estas dos ediciones a excepción de los pasajes entre < >). – DISQUISITIO, p. 158-160. – CARTAS, t. I, p. 17-24 (edición parcial).

## 30 A Hippolyte Fortoul y Claude Huchard

Comentario sobre los acontecimientos de París y de Lyon.  
Papel reservado a la juventud en los cambios sociales.

Lyon, 21 de febrero de 1831.

Mis buenos amigos:

Ahora me toca a mí amonestaros. Me prometisteis contestar pronto a mi última carta; hace más de un mes que os escribí y todavía estoy sin noticias. Pero hoy en día los meses equivalen a siglos, las semanas a épocas, los días están llenos, llenos de obras y de

.....  
<sup>247\*</sup> Doctrina política elaborada por Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825), y sus discípulos, Enfantin, Bazard y Leroux, basada en el igualitarismo. Influyó en la fundación de la tradición sociológica y en el marxismo.

<sup>248\*</sup> Sobre la actividad de los sansimonianos y la reacción de Federico Ozanam, ver CENTENAIRE, p. 24-33, y VINCENT, *o.c.*, p. 157ss. Sabemos que Federico Ozanam refutó las doctrinas sansimonianas en su *Réflexions sur la doctrine de Saint-Simon*, publicado en mayo de 1831 (Cf. GALOPIN, nº 44; DISQUISITIO, p. 115ss).

<sup>249</sup> No se ha encontrado una obra que lleve ese título. Puede que se trate de *Entretiens d'Ariste et d'Eugène* del reverendo padre Bouhours (trece ediciones de 1671 a 1768), o de *Entretiens d'Eudoxe et d'Euchariste...* de Jacques le Fèvre, Colonia, 1683.

[Nota del editor español]: Es más probable que se trate de *Les Entretiens Physiques d'Ariste et d'Eudoxe Ou Physique Nouvelle en Dialogues*, del padre Noel Regnault, S.J. (París, 7ª edición corregida y revisada, 1745).

<sup>250</sup> Carta perdida.

misterios, y todos esos vastos espectáculos deben conmover a las almas jóvenes, deben hacer hervir los corazones jóvenes hasta obligarles a desahogarse hacia afuera en suaves conversaciones familiares.

¿Por qué, pues, dejar así a los pobres amigos provincianos en un completo desamparo de ideas y de documentos? < Digo desamparo, y con razón, pues sabemos muy bien que los periódicos discursen, que al gobierno le interesa no dejarnos oír más que la mitad de la verdad porque, con frecuencia, la verdad eleva una voz terrible contra él. Se recorren con desconfianza las columnas de gacetas de toda especie, de todos los partidos; se esperan con avidez y se devoran esas deliciosas correspondencias que dan luz al espíritu, a la vez que alimentan el corazón.

¡Qué ciudad esa de París en estos últimos días, si es verdadero el cuadro que se nos pinta de ella! ¡Cuántos presagios siniestros para el futuro! Unos insensatos se glorían de insultar y de provocar a un pueblo, y han escogido el templo del Altísimo como teatro de sus pasiones y de sus extravagancias. Han mancillado el santuario con sus acciones profanas y, en presencia de la majestad de Dios, han llevado sus adoraciones a los pies de una majestad de la tierra hoy derribada, aniquilada. Frente a los altares han protestado contra los decretos de la Providencia, y no han temido atraer sobre la religión y contra sus sacerdotes un oprobio y una venganza de la que en alguna manera se han hecho responsables<sup>251</sup>.

Otros desgraciados, mucho más criminales todavía, han aprovechado con alegría, como ebrios, la ocasión de sublevar al pueblo, del que se sirven a capricho como de un instrumento para satisfacer sus pasiones. Lo han animado con su furia, lo han precipitado, como un torrente, sobre los objetos de su resentimiento. ¡Insensatos! Vendrá un día en que ese torrente los engullirá a su vez.

Y ese pueblo, que ha sido tan fácil de impresionar, ha recibido el movimiento que se le comunicaba, se ha levantado, se ha sublevado, ha puesto su mano bárbara y sacrílega sobre las obras maestras del arte y sobre los símbolos revelados de una religión que no desprecia más que porque se le ha enseñado a ignorarla, y se ha visto a hombres infames reirse, vestidos con la túnica del pontífice, y bailar, cargados de ornamentos sagrados, sobre los restos de los altares. Y la cruz, la cruz que es, desde hace dos mil años, la reina del mundo, la cruz que corona todas las diademas, incluso la de Napoleón, la cruz ha sido arrastrada por los fangos de la capital en medio de los aullidos de alegría y de las saturnales del carnaval. No les bastó devastar el rebaño, necesitaban la vida del pastor y, cuando su furor se vio engañado, se han vengado en los inmuebles, en los ornamentos, en las paredes. ¡La rica biblioteca del arzobispado ha sido saqueada! ¡Saint-Germain-l'Auxerrois ya no existe, y la revolución de julio tiene sus vándalos! Y, sin embargo, un prefecto de policía<sup>252</sup> marchaba a la cabeza de los sediciosos a los que no se atrevía a controlar, ¡la Cámara de diputados se reía y el rey veía pasar la cabalgata de carnaval!

<sup>251</sup> Con ocasión de un servicio fúnebre celebrado en memoria del duque de Berry (14 de febrero de 1831) unos legitimistas exaltados organizaron unas manifestaciones a favor de la dinastía depuesta. En reacción, una muchedumbre de revoltosos saquearon la iglesia y la casa cural de Saint-Germain-l'Auxerrois, y luego el palacio arzobispal.

<sup>252</sup> Jean-Jacques, barón Baude (1792-1862), prefecto de policía de París desde el 26 de diciembre

Lyon se ha quedado horrorizada al enterarse de esas espantosas noticias, y se han levantado todas las voces, llenas de cólera, contra los provocadores y los actores de esos desórdenes, llenos de desprecio hacia un gobierno que los tolera y los permite. Por otro lado, el comportamiento opresivo, las sospechas renovadas del prefecto, el señor Paulze d'Yvory, han vuelto a denigrar todo: visitas domiciliarias que ha ordenado llevar a cabo en las viviendas de personas respetadas, y eso sin orden del fiscal general<sup>253</sup>, han excitado la indignación; pocos días pasarán antes de que sea acusado, ante el tribunal de lo criminal, por haber sobrepasado sus funciones. Sauzet y otros dos excelentes abogados presentarán el caso. Por lo demás, se desea fuertemente y se espera todos los días un cambio. >

En lo que a mí respecta, pasan muchas cosas en mi alma y, en verdad, si tuviera tiempo de reflexionar, tendría solo con mi propio yo con qué hacer un buen curso de sicología. Cuando vuelvo la mirada hacia la sociedad, la prodigiosa variedad de los acontecimientos hace nacer en mí los sentimientos más diversos: alternativamente mi corazón se inunda de alegría o se impregna de amargura; mi inteligencia sueña con un porvenir de gloria y de felicidad, o cree advertir en lontananza la barbarie y la desolación aproximándose a grandes pasos. Los últimos sucesos, sobre todo, me han llenado de la más profunda consternación y de una indignación sin límites<sup>254</sup>. Así y todo, esas mismas consideraciones me animan y me comunican una especie de entusiasmo. Me digo que el espectáculo, al cual hemos sido llamados, es grande; que es hermoso asistir a una época tan vasta, tan solemne; que la misión de un joven en la sociedad es, hoy en día, muy grave y muy importante. ¡Fuera de mí las ideas de desaliento! Las amenazas son alimento para el alma que, dentro de sí misma, siente un ansia inmensa e indefinida que nada es capaz de satisfacer. Me alegro de haber nacido en una época en la que quizá esté llamado a hacer mucho bien, y entonces experimento un nuevo ardor por el trabajo, continúo mis investigaciones todo lo posible; me preparo para mi obra; pues, desprovisto como estoy aquí de recursos científicos, lo más que puedo hacer es dedicarme a estudios preliminares. Trato de abarcar, con una vista de conjunto, el tema en el que un día habrán de ejercitarse todas mis facultades; mido la carrera, y mientras más pienso en ella, más satisfacción me produce, porque mis presentimientos acerca del resultado de mis investigaciones toman más fuerza y consistencia y entreveo con más claridad, como última conclusión, el gran principio que antes se me había aparecido a través de tantas nubes: la perpetuidad, la catolicidad de las ideas religiosas, la verdad, la excelencia, la belleza del cristianismo.

Sentía la necesidad, mis buenos amigos, de desahogarme un poco, pues estoy separado, casi continuamente, de mi querido Materne y de mis otros antiguos camaradas. < Materne está mucho mejor. Por su bien, aconsejadle el ejercicio, la valentía y no las

---

de 1830, lejos de contener a los revoltosos, creyó buena idea arrestar al arzobispo de París y al párroco de Saint-Germain-l'Auxerrois. Esta decisión fue revocada el 21 de febrero.

<sup>253</sup> Joseph-Paulin Madier de Montjau.

<sup>254\*</sup> A causa, sobre todo, de la política reaccionaria llevada a cabo por Carlos X, se produjo un levantamiento revolucionario en París en julio de 1830. Después de las «tres jornadas gloriosas» (27, 28 y 29) el rey abdicó y huyó a Inglaterra. Los más radicales defendieron la instauración de una república, pero se impusieron los liberales que lograron la proclamación, como rey con poderes limitados, de Luis Felipe de Orleans, último rey de Francia.



precauciones; es demasiado tímido por causa de su salud. Animadle en vuestras cartas, como yo en mis conversaciones. Su mayor mal es la melancolía. Si, por casualidad, mi última carta del 15 ó 20 de enero que os envié aprovechando una oportunidad, no os ha llegado, id por favor a buscarla a casa de W. Chanhomme, rue Saint-Denis, nº 263. Me tomé la precaución porque la carta contenía largas explicaciones y por eso era bastante pesada.

Adiós, muchos recuerdos a los antiguos camaradas. Vuestro amigo,

OZANAM >

Dirección: Al señor Hippolyte Fortoul, estudiante, rue des Maçons-Sorbonne, Hôtel Sainte-Anne nº 24, París. • Sello postal: Lyon, 22 de febrero de 1831; 25 de febrero de 1831. • Fuentes: ARCHIVES NATIONALES, 246 AP 4, nº 9 (original). – ARCHIVES SOCIÉTÉ DE SAINT VINCENT DE PAUL (fotocopia). – ARCHIVES LAPORTE (copia). • Ediciones: LFO1, p. 36-37 (a excepción de los textos entre < >). – DISQUISITIO, p. 160-163. – CARTAS, t. I, p. 27-29 (parcial).

## 31 A Auguste Materne

Un largo silencio de Materne le hace temer a Ozanam que sus divergencias políticas hayan debilitado su amistad.

*Viernes, 17 de marzo de 1831.*

Mi querido amigo:

Te escribo con mucha pena en mi corazón. Desde hace algún tiempo un número muy grande de sucesos diversos pasan y repasan delante de mis ojos, y remueven mi alma hasta en lo más profundo. Al mismo tiempo, una muchedumbre de emociones buenas o malas, de ideas tristes o desgarradoras, se amontonan en mi corazón y en mi inteligencia, y no tengo a nadie con quien compartirlas. Ya no veo a mis antiguos amigos, no hay ya persona que me comprenda, que sienta lo que yo siento, con la que me pueda expandir; eso me hace mal, mucho mal. Hasta mis órganos sufren. Estoy totalmente enfermo.

Y tú, mi buen Materne, ¿no sientes tú lo mismo? ¿No tienes necesidad de desahogarte? ¿De dónde viene el que ya no te vea? Desde hace más de tres semanas no has venido a verme. En cuanto a mí, no me atrevo ya a volver a tu casa, tengo miedo de importunarte. Si no fuera por eso, si eso no me lo hubiera impedido, hubiera ido a verte.

¡Qué sé yo! La diferencia de opiniones políticas es tal vez la causa de ese enfriamiento. Yo soy partidario del rey Carlos, y tú casi republicano. Yo detesto los recuerdos de la Convención, mientras que tú los aprecias; yo estoy adherido de corazón a la dinastía caída, y tú la desprecias, tal vez incluso la maldices. Yo honro al clero, y tú lo miras como la fuente de todos nuestros males. El gobierno actual y sus medidas son para mí tiránicas y para ti liberales. ¿Quién sabe si en una guerra civil no nos encontraríamos en bandos opuestos, si tú no te sentarías en un consejo de guerra que me condenara a muerte? ¿Pensamientos desgarradores, ideas que me matan! Y, sin embargo, los dos amamos a nuestro país, ambos tomaríamos las armas contra el extranjero, ambos hemos vivido los mismos

estudios, en las mismas creencias; hemos tenido conversaciones tan deliciosas, hemos sido amigos, ¡y aún hoy siento por ti tanto afecto!

Pero tú, tal vez, hayas encontrado a algún otro que simpatiza mejor contigo, que piensa como tú, que siente como tú, que comparte las mismas opiniones, las mismas emociones, las mismas ideas. En ese caso, estoy muy lejos de hacerte ningún reproche, pues tú debes ser feliz; conserva esa dicha.

¡Qué desafortunado es el joven que no tiene amigos! Porque un joven tiene que sostener tantos combates, ¡y qué será de él si no encuentra un apoyo? Su corazón está a veces tan triste, ¿[qué] será de él si no sabe dónde reposar su corazón?

Esa es mi situación. Perdona, mi querido amigo, si el malestar de mi alma me lleva, tal vez, demasiado lejos en mis tristes conjeturas. Sea como sea, la amistad no se extingue en mí de un día para otro, está en mi corazón como el fuego sagrado en el santuario. Allí la encontrarás siempre presente, y cualesquiera que sean los sucesos que nos esperan, reunidos o separados, cercanos en nuestros sentimientos o de opiniones divididas, cuenta siempre con tu antiguo camarada.

A.-F. OZANAM.

No necesito rogarte que destruyas esta carta después de haberla leído, y que debe permanecer secreta entre nosotros dos. Por otro lado, como expresa mis opiniones, podría hacerme muy sospechoso en este tiempo de visitas a domicilio. Respóndeme lo antes posible.

.....  
Fuente: ARCHIVES LAPORTE (original). • Edición: LFO1, carta 27.

## 32 A Auguste Materne

Pena que siente Ozanam por ver a su amigo, a pesar de su ideal común, criticar al clero y defender las teorías republicanas.

*Sábado, 19 de marzo de 1831.*

Mi querido Materne:

También yo he leído con emoción tu respuesta tan rápida, tan amistosa, y en este momento una muchedumbre de ideas se presenta a mi alma. ¿Cómo expresarlas, como decirte lo que siento?

Lejos de mí, muy lejos de mí la loca presunción de caminar solo en esta tierra tan árida, tan difícil de atravesar. Lejos de mí la idea de romper una amistad que me ha procurado tantos consuelos, tantas alegrías a mi alma.

Ciertamente, igual que tú yo siento la necesidad de un amigo que sea el confidente de mis pensamientos, el depositario de mis afectos, mi guía, mi apoyo, mi consuelo. Y yo me digo: «Ese amigo, creo que lo he encontrado; una fuerza invencible me atrae hacia mi buen Materne; ¡creo haber encontrado el compañero de mis destinos! ¿Me habré engañado?» ¡Palabra desgarradora!

«¿Me habré engañado? Pues él no siente como yo, no cree como yo. ¿Me habré engañado? ¡Oh, qué doloroso me sería reconocer ese error! Oh, no, yo no me he engañado.

Materne es bueno, él tendrá piedad de mí. Tengo tanta necesidad de él, tal vez tenga él necesidad de mí.

»¡Ay!, él dice que mi religión sostendrá la suya; débil sostén, ¡si fuéramos a rodar los dos juntos hacia el abismo! Porque a él no le gustan los sacerdotes, y yo les quiero; y los sacerdotes me han dicho que no me alíe con sus enemigos, el Señor prohíbe adherirse de corazón a los que no le sirven de corazón; ¡ahí está mi conciencia enfrentada a mi amistad! ¡Penosa lucha! Pero quién sabe si no cambiará sus sentimientos. ¡Es virtuoso, es religioso, mi amigo! Él llegará a ver que el desprecio hacia los ministros de la religión (y ciertamente ese desprecio es un prejuicio) recaerá pronto o tarde sobre la religión misma, y que hay que rodear con respeto y amor el [ministerio] de los sacerdotes, si no su persona. ¡Oh, si un día pudiéramos creer, amar, y sentir lo mismo! Tal vez los muchos días pasados en París, filosofando juntos, podrán conducirnos a las mismas ideas. Pero si las tuyas son malas, ¿y si me pervirtiese?»

Ahí tienes algo de lo que pasa por mi alma, amigo mío, y verás cómo sufro, mira lo que debe costarme la confesión que te acabo de hacer, pero te debía esta confesión franca y sincera para hacerte conocer mi situación.

Espero, temo, espero, luego me desanimo y entonces mi corazón se siente pesado; lloro como un niño. «Dios grande, ¿ya no tendré más a mi amigo, es que no debo tener uno?» Y ruego a Dios que me devuelva a mi amigo, que me lo devuelva tal como él lo quiere, que bendiga nuestra relación, que nos rodee con su protección a lo largo del camino y que nos reciba a los dos al final del viaje.

Porque yo tengo una necesidad inmensa de religión, y no solamente del cristianismo, sino del catolicismo. El sansimonismo me deseca con sus pensamientos de interés; el protestantismo me daña con sus divisiones, su anarquía sobre las creencias. ¿Y dónde está el catolicismo sin respeto por el clero? Y, sin embargo, tú dices que él cambia, y que se muere todos los días.

Yo siento aún un amor ardiente por la patria, una gran necesidad de servirla, pero la monarquía constitucional, bajo un rey legítimo, me parece la única salvación de Francia. Yo rodeo con mi respeto y amor no a Carlos X, que se ha hecho culpable y me contento con tenerle lástima, sino a Enrique IV, el hijo de los reyes, el dado [por] Dios, el huérfano desdichado al que un gobierno cobarde quiere golpear con una muerte civil y un destierro perpetuo para mantener una usurpación (maquiavelismo puro). A la república, que ha hecho perecer en sus cadalsos a varios de mis parientes a pesar de su inocencia, me la imagino como un fantasma horrible que se acerca, y el gobierno, con su hipocresía, sus persecuciones religiosas y políticas, me desagrade mucho aunque aun lo encuentro preferible a la anarquía. Lee la historia de Juliano el apóstata y la de Luis Felipe, rey de los franceses, compara sus conductas con el cristianismo, y juzga.

Pero la religión me prohíbe odiar a los hombres y juzgar sus intenciones. Ella manda honrar a los príncipes. Yo honro a Luis Felipe, y no le odio. No odio ni siquiera a los republicanos, porque también ellos han tenido virtudes en medio de sus crímenes.

Estoy lejos de condenar a los republicanos de buena fe de nuestros días; pueden engañarse, y yo también, pues somos hombres.

Pero, si llegara un día en el que dos estandartes se dividieran a Francia, yo estaría bajo el blanco, con los recuerdos de Enrique IV y de Luis IX; y tú bajo la bandera tricolor, con los recuerdos de Mirabeau y de Napoleón; ¡y podría ser que nos reconociéramos al cruzar las bayonetas!

Sin embargo, los dos amamos a Francia, a la Libertad y a la Humanidad. Extrañas contradicciones.

¿Quieres que te las explique?

Hagamos ambos tabla rasa de nuestras opiniones; nos parecemos perfectamente: los dos somos jóvenes, los dos estamos llenos de sinceridad y al mismo tiempo de entusiasmo, los dos dotados de una sensibilidad delicada, de una imaginación ardiente, deseosos de verdades y de bellezas, la naturaleza nos ha dado a los dos corazones grandes, almas grandes y generosas. Te hablo con toda mi fran[queza]: hemos sido hechos para acercarnos, para ser amigos.

Pero la diferencia de las conversaciones que hemos escuchado y de las lecturas que hemos hecho, nos ha llevado por caminos diferentes; en mi lugar tú hubieras sido, tal vez, lo que soy yo; en tu lugar yo hubiese sido, tal vez, como tú.

De ahí viene la diversidad de opiniones, de creencias y, sin embargo, sigue en pie la necesidad de amarse.

¡Oh, amigo mío! El mal es grande, ¿dónde estará pues el remedio? ¡Qué feliz sería si pudiéramos acercarnos para siempre! Pero, ¡ay!, los dos somos muy desdichados por lo que parece, los dos estamos enfermos de la misma fiebre. ¡Si pudiéramos ayudarnos mutuamente!

Ven a verme mañana, si puedes; te esperaré hasta mediodía. Si no puedes, respóndeme por carta.

No dejes de quemar esta carta: yo haré lo mismo con la tuya, si lo quieres.

Adiós. No es para siempre. Estoy sufriendo mucho, esto me deseca. No veo a casi nadie.

He querido volver a leer esta carta; los ojos se me han llenado de lágrimas.

Tu amigo para siempre:

A.-F. OZANAM.

Te espero mañana desde la 1 de mediodía hasta las 5 de la tarde. Por la mañana estaré fuera, hasta el mediodía<sup>255</sup>.

.....  
Fuente: ARCHIVES LAPORTE (original). • Edición: LFO1, carta 28.

.....  
<sup>255</sup>\* Este último párrafo fue escrito a lápiz, de mano del propio Federico Ozanam.

## 33 A Auguste Materne

Confiesa su deseo de fama. Preeminencia de la ley del amor.  
Disculpas por no haber publicado un escrito de Materne que podría escandalizar a las mentes jóvenes.

Lyon, 19 de abril de 1831.

He recibido, mi querido amigo, tu amable carta del domingo. Yo ya sabía de tus disculpas y te agradezco tus elogios, un tanto exagerados.

Pero sé que lo que más te gusta es la confianza de amigo, pues no es a través de alabanzas mutuas, sino admitiendo nuestros defectos y dándonos buenos consejos, como conseguiremos el ideal de una amistad que hemos creado, para llegar a conseguir la virtud con mayor seguridad.

Permíteme, sin embargo, que te alabe por la noble franqueza con la que confiesas tus faltas.

También yo, debo confesártelo, me siento, a pesar de mí mismo, acosado por el deseo de hacer ruido; esa avidez inmensa de gloria viene como fantasma inoportuno a introducirse en todas mis acciones.

Y, sin embargo, yo sé que esa gloria es vana. A pesar de todo, esa pasión tiene un dominio sin límites sobre mi alma y me creo, en este aspecto, mucho más culpable que tú. Pues al menos tú no te alabas a ti mismo. Mientras que yo...

Pero, puesto que quieres pedirme consejos, te diré abiertamente lo que pienso. Filosófica y religiosamente hablando, la única regla a plantearse para las acciones humanas es la del amor: «*Amarás al Señor, tu Dios, sobre todas las cosas, y al prójimo como a ti mismo*»<sup>256</sup>; ley magnífica que reconoce tres principios de las acciones humanas, el amor de Dios infinito, inmenso, sin límites; el amor al prójimo, acercándose al amor de Dios; en fin, el *amor a sí mismo*, subordinado a los otros dos (y nota bien que la ley no ha prescrito el amor a sí mismo, porque es tan innato que necesita ser aclarado, ser modelado, y no ser ordenado y mandado). El amor a sí mismo será la base de mi vida individual, el amor a mis semejantes será la base de la vida social, el amor de Dios estará por encima del uno y del otro, como el primer principio y el fin último de todas mis obras, el *alfa* y la *omega*.

Tríada admirable, principio de vida, fuente de luz, madre de todas las acciones generosas: es esa caridad que hizo los mártires sobre borriquetes, los héroes sobre los campos de batalla. Ella es la que mantiene el fuego sagrado del patriotismo encendido y la llama, aún más bella, del amor a la Humanidad.

¡Oh, amigo mío!, que esa ley del amor sea la nuestra y, huyendo de la vanagloria, nuestro corazón no arderá nada más que para Dios, para los hombres y para la verdadera felicidad. Entonces ambos seremos excelentes católicos, excelentes franceses y, entonces, seremos felices.

Me apresuro a satisfacer las explicaciones que me pides acerca de la inserción de tu escrito, y en esto te hablaré con toda franqueza.

<sup>256</sup>\* Cf. Mateo 22, 34-40.

Tu trabajo era concienzudo, no lo dudo; los hechos que mencionabas son históricos, lo sé. Pero te confieso que me da miedo que, el hacer ver a espíritus jóvenes los abusos de las ceremonias religiosas, no sea exponerles a sentir desprecio hacia ellas. Sé que no hay que juzgar las cosas por el abuso que se ha hecho de ellas. Pero tú conoces la malignidad de espíritu de los jóvenes: agarrarán con entusiasmo el carbón que se les eche, y Dios bien sabe que se quemarán los dedos. Dados los tiempos que corren, no se excedería uno al ocultar a espíritus débiles aquellos hechos que podrían inducirles a error y, por respeto hacia la religión, no se debe desvelar abiertamente las faltas de sus hijos. Acuérdate del castigo de Cam<sup>257</sup>. ¿Qué es lo que había hecho? Había descubierto la falta de su padre y Dios le castigó, pero Sem y Jafet fueron bendecidos por haber colocado su manto sobre al anciano Noé. Espero, pues, que mi intención te parezca buena y que, al menos, excusarás mi rigor, en el caso de que no lo apruebes. Por otro lado, dos líneas de política unidas a ello hubieran podido comprometer a nuestra modesta publicación, que llega a gentes con opiniones muy diversas e, incluso, a gentes con opiniones muy intolerantes.

Pero también yo me tengo que excusar por mi acritud en la discusión.

Tú pones en mí tus esperanzas para reanimar tu fervor religioso; tienes sobre mí una opinión demasiado buena. Yo mismo tengo necesidad de que se me reanime. Pero si te doy un consejo es el de que desafíes a los hombres de tu partido políticos quienes, pues no acaban de comprender la armonía que hay entre el catolicismo y la libertad, unen todos sus esfuerzos para atacar a nuestra divina religión y poner en su lugar al protestantismo e incluso al deísmo. Su pretendida tolerancia consiste en destruir la cruz y en fusilar a los fieles arrodillados a los pies de su Dios; todo eso, dicen, para ejecutar el Concordato que ellos violan continuamente. ¡Vergüenza sobre ellos!, o más bien, ¡ojalá pudieran llegar a tener mejores sentimientos!

Te envío adjunta una carta de Huchard. ¡Pobre muchacho! Su espíritu y su corazón están muy enfermos.

Tengo aún muchas cosas que decirte, pero puedes ver por mi letra que estoy con prisas. He escrito la mitad de la carta rodeado de blasfemias y de conversaciones infames de mis compañeros de estudio. Si pudieras venir a encontrarme pasado mañana, el jueves, en el estudio, hacia las doce y media, me darías un gran placer. Nos diríamos muchas cosas que nos preocupan. Además, me podrías traer la carta de Huchard. Si no puedes venir, envíamela antes de las diez de la mañana, por favor.

Tu amigo para siempre,

A.-F. OZANAM.

P.S. Cuida tu espíritu y ejercita tu cuerpo. Medita con cuidado por tu cuenta un cierto párrafo de la carta de Huchard. La opinión que expresa en ella es también la mía; te la hubiera comunicado si me hubieras hablado de tus proyectos.

.....  
Fuente: ARCHIVES LAPORTE (original). • Edición: LFO1, carta 29.

.....  
<sup>257</sup>\* Cf. Génesis 9,18ss.

## 34 A Auguste Materne

Informe sobre la marcha de sus trabajos.

Lyon, 7 de junio de 1831.

Mi querido amigo:

He recibido tu amable carta y me apresuro a contestar.

No estaba enojado contigo, pues pensaba que, sin duda, habría muy buenas razones para tu tardanza en contestar; pero creía que ambos tenemos razones para lamentar estar tan separados el uno del otro por culpa de nuestras ocupaciones, nosotros que tanto necesitamos vernos. Es cierto, siento necesidad de ver a mi querido Materne, tendría muchas cosas que decirle, comunicarle muchas preocupaciones, temores, proyectos, expectativas.

Hubiera también ido a la Cartuja esos días si mi opúsculo<sup>258</sup> no me hubiera retenido hoy; gracias a Dios, ya está terminado, salvo por algunas correcciones que hay que hacer y unas cuantas notas que tengo que añadir. Me hubiera dado prisa en someterlo a tu amistosa crítica si hubiera tenido tiempo. Pero tengo que darme prisa para evitar reproches. Me encuentro en la misma situación que tú. Porque también tú te das prisa en publicar tus traducciones, y con razón. Sin embargo, como esto no es un folleto para salir del paso, sino una obra de literatura, no sé si encontrarás en Lyon un editor y posibilidad de venderlo; creo que no. Por eso, te animo a enviar tu traducción a Fortoul para que él intente que se imprima en París. No tendrá problemas en cumplir tu encargo, le resultará incluso fácil llevarlo a cabo.

He recibido cartas de Fortoul y de Huchard, te las entregaré pasado mañana si, como así lo espero, vienes a verme. ¿Harías el favor de prestarme mañana las obras de Malebranche? Las necesito; puedes entregárselas a tu tía y yo iré a recogerlas en persona, mañana por la tarde. Veré tu manuscrito con sumo placer y lo examinaré detenidamente, lo prometo. A cambio, cuando mi folleto impreso esté en tus manos, no escatimes tus opiniones.

Adiós, estoy atrapado en mis ocupaciones religioso-filosóficas. El jueves compartiré contigo algo que te puede interesar.

Tu amigo de por vida,

A.-F. OZANAM.

.....  
Fuente: ARCHIVES LAPORTE (original). • Edición: LFO1, carta 30.

.....  
<sup>258</sup> *Réflexions sur la doctrine de Saint-Simon* apareció en mayo de 1831 en *l'Abeille française* y, poco después, en las librerías.

[Nota del editor español]: El folleto no fue publicado en *l'Abeille française*, sino en *Le Précurseur*; véase la nota siguiente y GALOPIN, n° 44. En *l'Abeille* se hizo una recensión a dicho artículo: Cf. GALOPIN, n° 45.

## 35 A Hippolyte Fortoul

Discusión sobre sus ideas filosóficas respectivas.

Lyon, 24 de julio de 1831.

Mi muy querido amigo:

Hace mucho tiempo que numerosas obligaciones me privan del placer de conversar contigo.

Hoy me encuentro un poco más libre y me apresuro a responder a tu amable carta.

Lo primero, déjame agradecerte por la estima demasiado grande que muestras hacia mí. Siempre he sido inferior a ti, incluso cuando era tu émulo. Cómo será eso hoy, hoy cuando tu pensamiento ardiente ha atravesado tantos mundos que me son desconocidos.

¿Me atreveré, pues, yo, débil soñador como soy, a dirigirte algunas observaciones rápidas sobre tus trabajos filosóficos y sobre los míos? Aunque tengas que llamarme al orden, aquí van algunas de mis ideas.

Admito, igual que tú, amigo mío, la utilidad, la necesidad de la sicología, y sobre ella me apoyo para postular los primeros principios. Igual que tú reconozco, ante todo, en el alma tres hechos, tres facultades que serán, si te parece, las almas de Platón: 1º las ideas, la razón, el hecho impersonal; 2º la sensibilidad; 3º el yo, suspendido sin cesar entre esos dos órdenes de fenómenos diversos.

Pero he aquí una observación que me impresiona. Entre los seres privados de toda especie de educación, por ejemplo los sordomudos, la razón no recibe ningún desarrollo y se siente a primera vista que debe ser así; como las necesidades físicas, las sensaciones absorben toda la atención, toda la energía del yo, se le hace imposible elevarse a la esfera de las ideas, revelaciones confusas que pasan rápidas y fugitivas, como rayos bajo un cielo negro.

Si la educación, la palabra, llega a calentar esos gérmenes ocultos, tomarán vida, crecerán rápidamente, y el que aprende creará que *recuerda*. De donde se sigue que la revelación exterior o la educación es necesaria para desarrollar la revelación interior o la razón. Herencia preciosa transmitida de padres a hijos, esa educación, esa palabra, ¿de dónde viene para iluminar al primer hombre, de dónde viene sino de Dios? Pues a eso llamo yo *revelación primitiva*; ahí tienes el objeto de mis investigaciones.

Distingamos pues dos *hechos impersonales*, uno encerrado en el santuario de la conciencia, el otro en la tradición. El uno y el otro se explican, se aclaran mutuamente, pero están lejos de confundirse; cada uno tiene su dominio y sus límites. El estudio del primero será el objeto de la sicología, investigar el segundo es tarea de la historia.

Sin embargo, la historia solo será legítima si la sicología ocupa en ella su parte. Esas dos clases de trabajos deben caminar por líneas paralelas y con un paso simultáneo. Además, como las transformaciones experimentadas por la palabra primitiva han tenido como condicionantes numerosas circunstancias políticas y locales, la historia general de los pueblos y la geografía de los países que habitaron son objetos indispensables que hay que estudiar. A continuación, el problema sicológico: dada una creencia religiosa, ¿qué



influencia tendrán sobre el espíritu de sus seguidores las circunstancias físicas y morales, qué revoluciones, qué cambios tendrá que sufrir?

Por lo demás, espero poder muy pronto explicarte de viva voz mis ideas sobre este tema.

En cuanto al *panteísmo católico* alemán del que me hablas, te confieso que no soy suficientemente sabio en metafísica para entrar en discusión sobre una materia semejante. Solo diré que me parece que hay una regla severa, demasiadas veces olvidada por los filósofos más profundos: la regla de subordinar toda opinión filosófica a esas leyes inmutables del pensamiento que unos denominan *razón* y otros *sentido común*. Ahora bien, es un principio de *sentido común*, en mi opinión, que hay algo fuera del *yo*; por un lado *Dios*, y por el otro el *mundo*, y también los hombres, mis semejantes, que forman la gran familia del género humano. Sé que, al basar toda la filosofía sobre el hecho psicológico de Descartes, hay que pasar por el panteísmo para establecer la existencia del mundo y la de Dios, pero ese es precisamente el panteísmo que me parece eminentemente opuesto a los principios de la razón, el que me haría dudar de la excelencia del principio del que se deriva. No, yo no creo que toda ciencia pueda ser construida sobre esa estrecha base. Yo creo que esas tres grandes ideas, *Dios*, *yo*, el *mundo*, contemporáneos en nuestro espíritu, son cada uno la base de un orden diverso de conocimiento. Tan antiguos el uno como el otro, no se podría, sin violar las leyes de la lógica, encerrarlos en una sola idea generadora. El *yo* supone el *no-yo*, y al *establecerse a sí mismo* reconoce a la vez la existencia de lo que no es él.

Someto estas reflexiones, muy incompletas, a tu prudente examen. Entrego a la vez a tu crítica un folleto<sup>259</sup> que Huchard te remitirá y que acaba de ser concebido por mi débil cerebro. Encontrarás, tal vez, las ideas un poco triviales, superficiales, pero la mayoría de los lectores no son profundos ni sabios como tú. Así que serás comprensivo, ¿no es así?

Como tu hermano<sup>260</sup>, que tuvo la amabilidad de remitirme tu carta, no tenía entonces domicilio fijo, le he estado buscando desde entonces inútilmente. Por favor, envíame su dirección.

Tengo algo de prisa, y te dejo con la esperanza de abrazarte muy pronto.

Tu amigo,

A.-F. OZANAM.

P.S. Materne me encarga que le excuse ante ti por el envío que te ha hecho sin franqueo. Ha sido un error del empaquetador. *Iterum vale*<sup>261</sup>.

.....  
 Dirección: Al señor C. Huchard, rue des Maçons-Sorbonne, Hôtel Sainte-Anne nº 24, para remitir al señor H. Fortoul, París. • Fuentes: ARCHIVES NATIONALES, 246 AP 4, nº 9 (original). – ARCHIVES SOCIÉTÉ DE SAINT VINCENT DE PAUL (fotocopia). – ARCHIVES LAPORTE (copia). • Edición: LFO5, carta 1342 (30 bis).

.....  
<sup>259</sup> Se trata, sin duda, de las *Réflexions sur la doctrine de Saint-Simon par un catholique*, publicadas primero en *Le Précurseur* el 11 y 14 de mayo de 1831, reunidas luego en un folleto. Cf. GALOPIN, nº 44.

<sup>260</sup> Fortuné Fortoul, por entonces estudiante de Derecho en París.

<sup>261\*</sup> «Adiós, una vez más».